

# ATLANTIDA EXTRA

# ANGUSTIA EN BS.AS.

Agosto 1964  
Año 47, No.  
1170



El círculo señala el lugar donde se originó la tragedia. Es el departamento 108, primer piso del edificio de Posadas 1168. Allí se produjeron los sucesivos estallidos que provocaron el espectacular y trágico derrumbe.

En él se encontraban, y fallecieron, Lázaro Saúl Feldman, Hugo Pelino Santilli, Carlos Guillermo Schiavello y Raúl Reig, señalados como los terroristas que provocaron la explosión de ese arsenal. El inquilino del departamento es el ingeniero Bustamante, que está detenido.

Cuatro de la madrugada del martes 28 de julio. En la mesa de trabajo se reúnen diagramadores, fotógrafos, redactores y la plana ejecutiva de ATLANTIDA. Una docena de personas abrumada por la falta de sueño. Han sido cinco días de ininterrumpida labor. Inclusive una de nuestras cronistas, la señorita Verónica Hollander, fue detenida por personal de la comisaría quince e interrogada por miembros de la sección política. Su incesante quehacer la hizo sospechosa por unas horas, hasta que las autoridades comprendieron la tarea periodística en que estaba sumida. Y todo este esfuerzo con el objeto de **parar las máquinas** para ofe-

cer la noticia con olor a tinta fresca. Para presentar este doloroso acontecimiento decidimos sacrificar la habitual pulcritud de una revista mensual con un suplemento de ocho páginas, que si bien ha debido ser impreso con excesiva premura tiene en cambio la vigencia de lo inmediato. **De lo necesario.** En momentos de cerrar la edición extra, los elementos de juicio reunidos son los que presentamos a nuestros lectores. Desde ya, conocemos el riesgo de que la información pueda aumentar o variar en las próximas horas. Pero preferimos ese riesgo, si éste significa vivir con usted, lector, la intensa realidad del país.

# El Topo Blindado <sup>8/64</sup> ¿Arsenales en nuestras casas? ¿Vivimos sobre polvorines?



Un error de cuatro inconscientes y siete pisos derrumbados como arena seca.

El martes 21 del actual a las 14.50 la tranquilidad del barrio Norte fue alterada por tres estruendosos estallidos casi simultáneos. Los siete pisos de la casa de departamentos de Posadas 1168 se desgajaron como si hubiesen sido de arena seca. Los pequeños ambientes (uno y dos dormitorios con baño y cocina) quedaron al desnudo y revelaron una aparente intimidad hogareña. La verdad fue, sin embargo, otra. Ya a los dos minutos una multitud tejía conjeturas frente a esa imagen viva y extrañamente individual de un devastador bombardeo aéreo. De pronto, la coincidencia fue unánime. La explosión había sido atribuida a un descuido en el manejo de una garrafa de gas. La policía, empero, supo inmediatamente que esa esquina desmoronada no había estado envuelta nunca por un conmovedor aire de inocencia. "El olor a gas es insoportable", afirmó uno de sus miembros. Y allí se percibía un penetrante e inconfundible olor a pólvora. Las cuadrillas de apuntalamiento se movilizaron y el esqueleto de Posadas 1168 se transformó en una gigantesca radiografía vacilantemente en pie con largas cuñas de madera. La remoción de los escombros concretó la sospecha. Las máquinas topadoras revolviéron los escombros y entonces la ciudad pasó de la sorpresa a la duda y de la duda a la angustia. Una topa-



Por lo menos hubo 11 muertos. Entre ellos una familia entera: padre, madre, hijo. El trabajo fue inhumano: la mayoría de los cadáveres apareció destrozados.

dora hizo estallar dos granadas. Poco después se produjeron varios estallidos similares. Y ahí apareció la punta de la gran madeja.

## Los primeros muertos

Destruídos como la propia casa fueron descubiertos los primeros muertos. Junto a ellos aparecieron papeles comprometedores y la búsqueda minuciosa, atando cabos y desatándolos, subió imaginariamente hasta el primer piso y dio con el departamento clave: el 108. Se supo que allí se elaboraban bombas de trotyl. Cuatro de sus fabricantes pagaron con sus vidas su vocación terrorista. Entretanto, los dos dueños de Posadas 1168, Hugo y Tomás Álvarez Saavedra, esperaban sin temores porque, como se demostró, nada tenían que ver con el episodio. Tomás es un personaje conocido. Barman de una confitería de Junín, las influencias de Juana Duarte, madre de Eva Perón, lo trasplantaron a otra labor: la de vicepresidente del Banco de la Nación. Ahora es un hombre con muchos millones de pesos, liberado de las sospechas policiales. En Leandro N. Alem 884, tercer piso, sus oficinas, debían hacerse personalmente los trámites para la adquisición de los departamentos de Posadas 1168, cuya cuota más baja era de 11.900 pesos. La finca destruida se hallaba interdicta, pues sobre ella pesa-

ba un embargo de 6.000.000 de pesos. Pese a ello, la puso en venta y la revendió. Hasta hace cinco meses se llamó Sweet Home y estaba destinada a entretener ocios sentimentales. "Ahora se orientaba hacia la buena senda", dijo alguien.

Pero más allá de la anécdota, los funcionarios de la Secretaría de Informaciones del Estado —SIDE— y Coordinación Federal, a cuyo cargo están las investigaciones reconocían en privado la implicancia política de la tragedia. Si bien en sus despachos ya existían informes sobre actividades de células de iracundos vinculados a los guerrilleros del Norte —ver en este número las páginas 91 a 95— la explosión de Posadas 1168 les resultó inesperada. Ahora dan gran trascendencia al episodio; ya hay detenidos en todo el país.

## Un misterio que no lo es tanto

Sin embargo, y quizás involuntario efecto de la sorpresa, una alta autoridad policial admitió que desde hacía dos meses el departamento 108 de Posadas 1168 era estrechamente vigilado. Muchos lo dudan y se hacen preguntas lógicas: "¿Y si lo sabían por qué esperaron tanto?" "¿Era necesario que estallara la casa y pusiera en peligro a su vecindario?" Lo concreto es que Posadas 1168, departamento 108, era uno de los tantos refu-

# El Topo Blindado

## Lamentar lo sucedido. Temor a esos terroristas.



Hablamos con él y aún estaba estupefacto. No podía creer en lo pasado.

gios que en la ciudad incuban el odio y la destrucción. Pese a las interminables calificaciones con las que se pretendió encasillar una tendencia doctrinaria — trotskismo, castrismo, comunismo, tucuarismo, peronismo—, lo formal es que este atronador estallido ha rodeado de angustia a la metrópoli. "Nadie podrá ahora acostarse tranquilo en su casa", afirmó uno de los que miraban el edificio destrozado. "¿Dormiremos, sin saberlo, sobre un barril de pólvora?", dijo otro. De pronto es como si nuestra ciudad estuviese en pie de guerra. Preocupa seriamente la gran cantidad de material bélico que "ha desaparecido" en manos civiles a partir de 1951. Especialmente ametralladoras Halcón (en el mercado negro de las armas de uso clandestino se puede encontrar a un precio que oscila entre 25.000 y 40.000 pesos, según su estado), ametralladoras PAM (muy desvalorizadas) y el cada día más caro fusil ametrallador FAL (cotizado en, aproximadamente, 50.000 pesos). Las armas cortas ya infectan el ambiente. Es raro quien queriéndolo no tenga una 45 Ballester Molina (cuesta de 10.000 a 20.000 pesos). Este armamento civil apareció durante los últimos años de la época peronista y continuó durante el gobierno provisional y mandato interrumpido de Frondizi.

La gran variedad de armas halladas en Posadas 1168 confirma una vez más



Cuesta imaginar lo que son siete pisos derrumbados en unos segundos. Allí abajo, esparcidos, entremezclados, están dispersos con restos humanos.

que son numerosos los robos de ametralladoras y pistolas calibre 45, 6,35 y 9 milímetros en dependencias de las fuerzas armadas. ¿Qué ideas, qué propósitos, qué ambiciones hierven en las mentes de sus poseedores? Cualesquiera que sean, lo auténticamente real es que nuestro país está adquiriendo potencialmente el nefasto espíritu de la convulsión. "Todo esto terminará en la nada", aseguraron algunos descreídos. No hay duda de que la fantasía ha entrado en su juego. Habrá tantas opiniones como opinantes. Y se correrá el riesgo de entrar en la angustiada ruta de una psicosis múltiple. La imaginación es la más fiel consejera de la deformación. Ya se sabe. Pero Buenos Aires, el país todo, exige serenidad, un clima de tolerante convivencia. La hora del odio no puede llevar a la hora de la destrucción. Sería como deshacernos a nosotros mismos. Un absurdo harakiri colectivo. Es imprescindible que nadie dude. Para lograrlo habrá que higienizar al país de malos pensamientos. Sus habitantes, todos, merecen vencer la hora de la angustia. Llegar al pie de su casa, de su cama, y no volver a preguntarse más: "Esta tarde o esta noche, ¿volaré en mil pedazos?". La última palabra no está dicha, pero todos la esperan.

### Rabia, no miedo

"*Rabia. Rabia y no miedo. Eso sentí.*

Por todas las víctimas inocentes. Yo las vi. Estoy loco de rabia". Eso dice Tito, inclinado junto a un auto, mientras los amigos pasan por su gomería y lo palmean: "¿Estás entero? ¿No se te cayó una pared encima?". El les contesta sonriendo, pero lo que ha visto no se le borra de su mente. Tito es Angel A.; siente, "rabia y no miedo", es en cierta forma lo que siente todo el país.

El martes 21 de julio a las 14.50 Tito estaba trabajando en su gomería de la calle Cerrito 1537 cuando la explosión "una explosión que crecía, y que se repitió" hizo vibrar entero un cartel de FATE, que está frente a su taller. Tito y sus ayudantes (Carlos Val y Orlando Iermini, 14 y 20 años) corrieron. "El edificio parecía que flameaba, que se remontaba. En una ventana del primer piso había una mujer que quería saltar a la calle. La convencí de que esperara; subí a buscarla y la bajé".

Era el primer rostro. Había muchos más. "Todos parecían atontados: lo mismo les daba tirarse por la ventana que por el hueco del ascensor". Blancos por el polvillo de los escombros y emplastados de rojo por la sangre, salían tambaleándose como fantasmas, "la mujer que tenía una astilla en la nuca y sangraba como endemoniada, la mujer que tenía un hierro clavado en el pecho, la chica de 17 años, el muchacho con la frente deshecha, la madre con los tres

*“Esto es peor  
que un accidente.  
No puede  
volver a pasar”.*



Llegan al trágico lugar el ministro del Interior, Dr. Palmero (de derecha), y el jefe de policía, inspector Rodríguez.



De la garrafa de gas a elementos explosivos. Aquí una canasta llena de ellos, es cargada a un camión especial, como lo indica su leyenda.

hijos...”. Edgardo Brunet, 20 años, de la agencia de remise “Donald”, que llevó varios heridos al hospital, balbucea: “Eran peor que fantasmas”.

Peor que fantasmas, pero eran los más afortunados. Antes que ellos salieran, minutos antes, Ede Inonz El Mangabadi se había asomado con la cara roja a la puerta de su departamento. Había gritado algo a una vecina que corría y que oyó también el llanto del niño de 11 meses, orgullo de Ede, pero el departamento entero se hundió y Ede y el niño y Zaqui El Mangabadi, su marido egipcio que había venido a la Argentina para trabajar en paz, serían aplastados. Otros también serían. Y no se sabe quiénes son. Ni se sabrá quizá nunca, porque apenas quedaron de ellos más que pedazos esparcidos y aplastados.

Por eso las camillas que esa noche atravesaban los escombros bajo la luz de los faroles parecían a veces no llevar más que unas mantas dobladas. Pero en las veredas la gente era poca y no había gritos ni llantos; a la morgue del hospital Otamendi casi nadie venía a retirar cadáveres: en el edificio de la calle Posadas vivían pocas familias, y los departamentos de soltero suelen

ser desconocidos para los parientes de sus poseedores...

En el edificio el drama ha terminado. Quedan, en el aire, superpuestas, las mitades de ambas cocinas en las que se desarrolló la vida. El drama continúa en el cuarto pintado de verde que es la sala del hospital Fernández, donde dos mujeres humildes que no se conocían, se han vuelto como hermanas. Son la madre de Hebe Lía Ezama y la hermana de Ana María Spaltro, las dos costureras del taller que funcionaba en el primer piso del edificio, y que ahora comparten la pieza del hospital. Hebe tiene las piernas dobladas, la cabeza blanca de vendajes, roja de medicamentos, azul de hematomas, el cuerpo destrozado. Ana María tiene el rostro blanco y largo, inmóvil: conmoción cerebral.

Mientras, en una oficina de la comisaría 15, dos frazadas anudadas guardan una confusión de objetos destrozados. Un teléfono hecho trizas, un libro de inglés: “The Essential English”, un vestido de encaje negro, un abrigo, lápices... Cosas que tuvieron lugar y sentido en vidas y casas distintas, que hoy están macabramente mezclados.

### Últimas versiones

A pesar del hermetismo ya se sabe que los técnicos tienen demarcadas las causas de la tragedia: una concatenación de explosiones.

Una primera, posiblemente motivada por alguna chispa de soldadura o fricción inesperada ocasionó el estallido de granadas de mano. Estas habrían servido de detonante a cuatro kilos de trotyl.

Entretanto, en altos círculos castrenses se le otorgaba una extrema importancia al episodio y, en forma simultánea, se producían allanamientos en todo el país. Si bien en un principio se consideraba que la célula terrorista había quedado destruida y aislada, era propósito de las autoridades esclarecer hasta una última instancia las posibles ramificaciones. Este hecho, sumado a otros anteriores, indica sin duda un crecimiento de tensión socio-política. Pero al margen de la actividad represiva cobraban vigencia las palabras de uno de los testigos:

*“Rabia y no miedo. Esa es la cosa. Porque un accidente es algo tremendo, pero esto es peor que un accidente. Y no puede volver a pasar”.*

*¿No puede volver a pasar?... ♦*

Por OSCAR DELGADO, SARA GALLARDO, VERÓNICA HOLLANDER, ALBERTO LAYA.